



VI

POCAS veces solían salir juntos Carmen y Eugenio, y sólo en los casos en que tal requisito era de rigor, prescindían del hábito de vivir cada cual según su gusto. Obligado por un deber de sociedad, salió cierta tarde el matrimonio, cumplido con el cual, determinó dar un paseo por las afueras.

A poco hallaron un caballero, que al parecer ensimismado en profundos pensamientos, caminaba, y á quien Eugenio obligó á subir al coche con manifiesta contrariedad de Carmen, que no pudo disimular un mohín de disgusto. Era el fiscal que seguía la causa de Luciano.

—¿Con que persiste en su obstinado silencio?—preguntó Eugenio apenas hubieron cambiado sus saludos.

—Como si hubiera perdido la palabra.

—El muchacho es listo de sobra, dijo Carmen, y muy bien comprende que con confesar el delito no haría otra cosa que empeorar su situación.

—Y sin embargo, es extraño lo que pasa con ese mozo: no recuerdo un caso semejante en mi larga carrera.

Y esto diciendo, fijaba el juez sus ojos claros y penetrantes en la esposa de Eugenio, que bajó los suyos.

—¿Pero no hay medio de hacerle hablar? insistió Santaella.

—Por más que se le insta y se le conjura, no sale de estas palabras: «no tengo nada que decir.»

—Pues eso es confesar implícitamente su crimen, saltó Carmen.

—O no, respondió el juez volviendo á clavarle sus pupilas, aunque esta vez sostuvo impávida y altiva su mirada.

Hubo unos momentos de silencio.

—Páreceme, opinó el juez, que ese muchacho se aturde y acoquina ante el tribunal, y sería convenien-

te que una persona con la cual tuviese confianza y familiaridad, uno de ustedes por ejemplo, la señora, que sin duda posee toda la habilidad y finura de su sexo, hiciera lo posible por arrancarle alguna palabra que pudiera muy bien servirnos de claro indicio.

—No tengo inconveniente, dijo Carmen, y haré lo que se me diga el día que vdes. gusten.

—Hoy mismo, ahora, respondió Eugenio. Y ordenó la vuelta al cochero.

—¿Y he de entrar en la cárcel? preguntó Carmen sin poder evitar un movimiento de repulsión y terror.

—Pero no verá vd. nada que le desagrade, dijo el fiscal. Entrando está la habitación del alcaide que es muy linda y alegre, allí aguardará vd. hasta que le traigamos á Luciano, con quien debe quedar á solas.

Media hora después se apeaban á las puertas de la cárcel.

Hacia el interior se escuchaba confusa gritería.

—¿Qué es eso? dijo Carmen, que era cobarde como todos los malvados, amparándose del brazo de Eugenio.

—Que se divierten, ¿no oyes cómo se ríen?

Pero aquellas risas que se escuchaban tenían mucho de amenazador y siniestro.

—Ahí debe pasar algo grave, dijo el fiscal.

Y dejando á Carmen en las habitaciones del conserje, internóse hacia los patios donde sonaba aquella estraña y alarmante gritería.

Eugenio siguió sus pasos.

¡Oh, qué espectáculo se ofreció á sus ojos!

Luciano, despojado de sus vestidos, ceñido con un sucio harapo, yacía en mitad del patio sobre dos postes en forma de cruz, amarrado por ásperos cordeles, mientras aquella turba furiosa y desenfrenada le vilipendiaba con golpes y dennestos: tal cubría de asquerosas salivas su semblante, éste arrancaba puñados de sus cabellos con bárbara furia,

aquel hincaba las aceradas uñas, y el otro dábale salvajes dentelladas en sus carnes suaves y frescas que la sangre esmaltaba con rosas de púrpura.

Y Eugenio al ver aquella, que era la sangre de su hermano, que era la suya propia, atropelló por entre aquellos bandidos, arrancándoles con impetuoso valor su hermosa presa.

Entretanto, el juez había mandado llamar al alcaide, quien ignorante de lo que pasaba, presentóse pálido y tembloroso, y auxiliado por la guardia, mandó maniatar á los promovedores de aquel atentado bárbaro é inicuo.

Pero apenas se vió libre el generoso mancebo, corrió á interceder por sus despiadados verdugos.

—No les castigueis, decía dirigiéndose alternativamente al juez y al alcaide, si no me han hecho nada, si todo ha sido una broma que yo he provocado con mi imprudente celo. Quise establecer en esta desgraciada mansión el reinado de Cris-

to, y los pobrecitos me dieron la alta honra de probar su cruz; pero en broma, como he dicho, sin hacerme daño. ¡Ah! yo sentía una delicia inmensa al verme extendido sobre ese madero, Dios mío, y ¿los han de castigar por haberme hecho tanto bien?

Pero la indignación de Eugenio, la cólera del juez y el rencor del alcaide hacia aquellos desalmados, crecían en vez de amenguarse con las generosas y magnánimas protestas de la inocente víctima.

Se comprendía que iba á caer sobre los miserables un castigo ejemplar.

—¡Ah!—exclamó el interesante mancebo dejando correr las lágrimas de sus hermosos ojos—ya que no justicia, pido gracia para esos desdichados! Creéis que de veras me han ofendido? Que pudo ser dañada su intención? Pues bien, yo les perdono. ¿No les he de perdonar? Cristo desde la cruz, espirante, apurando las heces del cáliz de su pasión amarguísima, pidió al Padre celestial perdón para sus verdugos,

¿y yo no lo he de conseguir para estos, que me han proporcionado la dicha de sufrir por Él unos cortos instantes? Allí el ofendido era Dios; aquí una criatura vil que con sus imprudencias ha provocado las iras de esas pobres gentes, faltas de todo bien, hasta de libertad. ¡Ah! ¿será la justicia humana más rigurosa y tremenda que la divina? No es posible, no, ¡perdón para ellos!

Y el pobre mancebo unió sus manos é interrumpió sus palabras ahogadas por los sollozos.

Hubo unos momentos de silencio.

Entre aquella apiñada y momentos antes turbulenta multitud, hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

Entonces se vió á una mujer joven, hermosa y cubierta de galas, pero dolorida y llena de confusión, cual otra Magdalena, abrirse paso por entre las filas de presos, é ir á apoyar su mano trémula y cubierta de pedrería en la ensangrentada muñeca de Luciano.

Sus labios se movieron como los

pétalos de la flor azotada por el viento, y entrecortadas y balbucientes, salieron de ellos estas palabras:

—Dios perdonó á sus verdugos, pero no hubo misericordia para sus acusadores ¿verdad? para el soberbio y envidioso Caifás que decretó su muerte en la Sinagoga

—Pero fué porque no se arrepintió, respondió Luciano, fijando en su tía su dulce y cariñosa mirada. ¡Ah, si reconocido hubiera su pecado, si le llorara con ardiente y sincera contrición, para él, para el mismo infame Judas, guardaba la bondad de Dios tesoros de gracias tan copiosos é inmensos, como fué su crimen tremendo y abominable!

—¡Perdón! clamó la mísera. Y sus rodillas se doblaron como para caer á sus pies.

Pero antes que el suelo tocar pudieran, Eugenio, con el rubor en el rostro y la indignación en el alma, asíóla violentamente por la cintura, arrastrándola lejos de allí.

Por muy rápida que hubiese sido esa escena, no pasó desapercibida

á la perspicaz y escrutadora mirada del fiscal, quien conocedor de la dispendiosa existencia de Carmen, y penetrado al propio tiempo de la nobleza y lealtad de su sobrino con sólo mirarle, abrigaba desde el principio de la causa harto fundadas sospechas de quién había sustraído los fondos á la «Amiga del proletario.»

Al ver alejarse el matrimonio, quitóse el sobretodo y vistió con él á Luciano, ordenándole reunirse á sus tíos.

Y dirigiéndose al alcaide:

—Yo salgo garante de ese muchacho, dijo.

Pero Luciano declaró con resolución y entereza que no saldría de la cárcel si no se le daba palabra de olvidar el pasado incidente y de que ningún mal provendría por él á los que fueron sus compañeros.

—Sea, dijo el juez vencido por tanta generosidad y heroísmo.

Y ordenó al alcaide mandara quitar las esposas á los agresores del pasado tumulto.

Entonces sí que resplandeció el

rostro de Luciano con alegría inmensa.

Dió las gracias al magistrado con corteses afectuosas razones, y volviéndose hacia aquellos infelices, gritóles:

—¡Estais perdonados! Ahora perdonadme á vuestra vez, amados hermanos míos!

Un rumor indescriptible circuló por aquel oscuro antro de vicios y maldades; rostros feroces y patibularios viéronse surcados por lágrimas de arrepentimiento y ternura, las primeras que derramaban en su vida. Entonces, movidos todos por idéntico impulso, poseidos por el mismo sentimiento, con esa prodigiosa simultaneidad que arrastra á las multitudes cual si fuesen animadas por un solo espíritu, gritaron con voz firme y atronadora:

—¡Cristo reina!



VII

HA N trascurrido algunas semanas. Aun cuando Eugenio y Carmen siguen viviendo en la misma casa, la infeliz mujer no ha conseguido ver á su esposo.

Encerrado en su despacho, no consiente ver á nadie si no es á su sobrino, quien representa, aunque al parecer con bien poca fortuna, el papel de ángel intermediario en el matrimonio.

La pobre Doña Prisca se olvida hasta de sus gatos, y no hace más que orar y llorar.

Eugenio ha presentado su dimisión del cargo de tesorero después de haber pagado los siete mil duros, y dejado de pertenecer á la junta de «La amiga del proletario.» ¿Qué pasa por su frente cargada de nubes?

qué medita en sus continuas y largas horas de soledad?

En vano la desdichada esposa solicita una entrevista: el aposento y el corazón de su marido parecen eternamente cerrados para ella.

Pero Luciano no cree tal cosa. Sabe que la gota de agua horada la peña, y aun cuando pueda haber corazonces y voluntades de granito, la dulzura, la persuasión y el amor, han de tener tanta y aún más eficacia y poder que la gota de agua.

Por eso trabaja sin descanso mirando aquel muro de hielo que sepulta el alma de su pobre tío, impidiendo lleguen hasta ella para ablandarla y rendirla las corrientes de la humildad y el arrepentimiento.

¡Ay! al calor de su corazón generoso y magnánimo se hubiese fundido el más duro bronce.

Una alegre y hermosa mañana entró en el despacho de Eugenio, llevando en la mano un libro de cuentas y un fajo de billetes de Banco.

En aquel había todos los antecedentes del capital de Carmen que,

muy mermado por sus dispendios y mala administración, ponía en manos de su marido, pues ella en compañía de su madre se retiraba á aguardar el perdón anhelado á una casa de religión; los billetes eran parte del producto de sus trenes, de sus joyas y galas que había vendido para pagar á los acreedores, de cuyo importe sobraron los siete mil duros por ella sustraídos, y que religiosamente volvía á su esposo.

Este reflexionó un momento y contestó.

—Si está firmemente decidida á romper con el mundo, puede que darse.

—¡Ay, tío! le abomina, le detesta, puesto que ya le conoce y ha visto lo que da de sí.

—Pero no basta con eso, yo quiero que mi hogar sea....

—¿Qué, tío mío?

—Un reflejo del tuyo.

—¿Pero en todo?

—En todo.

—¡Ah tío, tío de mi alma! luego....

—¡Has vencido! dijo arrojándo-

se en sus brazos deshecho en lágrimas.

—Cristo es el que vence con su divino poder; yo no he hecho nada absolutamente; ni siquiera una vez sola he abierto mi boca para rebatir ó condenar el error....

—Pero has hecho más, Luciano mío: cuando yo era niño tu padre me enseñó las Bienaventuranzas, esas dulcísimas flores de la montaña que una á una brotaron de los labios del Salvador.

—¿Y qué, mi buen tío?

—Que hay una que dice: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra, poseyendo los corazones de sus hermanos para llevarlos á Dios.



BIBLIOTECA POPULAR

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD
ECLESIÁSTICA.

Comenzamos á publicar esta Biblioteca en tomos en 32º de 96 y 108 páginas cada uno; se publicarán obras de autores escogidos, no olvidando dar alguno de novelas morales.

Omitimos hacer elogios de la misma, porque la mejor prueba de su bondad y baratura serán los hechos.

Precio de cada tomito con bonitas cubiertas, á la rústica, 12 es.

PUBLICADOS:

NUM. 1.

BERNARDITA DE LOURDES. Relato de un peregrino, por el Presbítero *D. Ramón Font*.

NUM. 2.

MANOJITO DE FLORES DE SAN FRANCISCO DE SALES, seguido del opúsculo del mismo autor, AVISOS Á LAS ALMAS PIADOSAS.

NUM. 3.

CRISTO REINA, novela moral por *Aurora Lista*.

NUM. 4.

¡A SOLAS CON JESUS! Un día de retiro, ó veinte minutos á los pies de Jesús Sacramentado. Meditaciones sacadas de los escritos del *P. Eymard*, de la Sociedad del Santísimo Sacramento, y seguidas del CAMINO DE LA CRUZ y de la MISA MEDITADA, del mismo autor.

CAMINO DE SALVACION

DEVOCIONARIO COMPLETO

CON CERCA DE 800 PÁGINAS

Hermosos Grabados y Grandes Tipos

EN BUEN PAPEL

Contiene cuantas devociones una familia cristiana pueda desear, con meditaciones distintas para cada día del mes y Evangelios de todos los domingos y fiestas del año, ordinario de la misa en latín y castellano, confesión y comunión, recomendación del alma, etc., etc.

Encuadernado en tela con planchas y rótulo dorado. El ejemplar.....	\$ 0 00
— La docena.....	5 00
El mismo en piel fina, rótulo dorado.	1 00
— La docena.....	7 50
El mismo en chagrín y cortes dorados.....	2 00

¡A solas con Jesús!

UN DIA DE RETIRO

O VEINTE MINUTOS

A LOS PIES DE JESUS SACRAMENTADO

Meditaciones sacadas de
los escritos del

P. EYMARD

de la Sociedad del Santísimo Sacramento

y seguidas del CAMINO DEL
LA CRUZ y de la MISA
DITADA, del mismo autor

55

10